

EL RIESGO DE LA CONVICCION
RUBEN SALAZAR MALLEN (1905-1985)

El menosprecio, no menos que el éxito, puede ser una forma de incompreensión. Rubén Salazar Mallén falleció el pasado veinte de junio ante la casi total indiferencia universitaria. Era de esperarse. Su cuerpo, tempranamente afectado, impresionó a más de un delicado espíritu; su trayectoria moral, incomodó a más de un pudendo intelecto. Desde 1932 el estigma de reaccionario acompañó su nombre. Los intelectuales progresistas lo han calificado, explicado y desechado con ese adjetivo. Tal ha sido el tributo que “el viejo”, como le llamaba un grupo de “intelectuales en agraz”, tuvo que pagar por su decepción.

Nacido en los albores de este siglo, Salazar Mallén ilustra, con sus tentativas políticas, la parte trágica de nuestra historia. De los convulsos años revolucionarios brota la esperanza de establecer un régimen democrático. Impetuosos, los jóvenes vasconcelistas se abocan al cambio; su triunfo, no obstante, será la derrota. Quienes no declinan a la lucha, se radicalizan. Algunos, buscando una acción más decisiva, se incorporan al Partido Comunista. Sin embargo, al contrastar los postulados con la actividad, aparece el desengaño. Las reacciones son múltiples: unos se conforman con retirarse del Partido; otros necesitarán arremeterlo. En ambos casos, la vindicación de los ideales engañados es lo que terminará por imponerse.

Derrotado en el vasconcelismo, desengañado del comunismo y fatigado por el fascismo, Salazar Mallén forjó en la decepción la conciencia de que en nuestro país los espacios y canales de disidencia conforman una farsa. Nadie más definitivo al respecto: “No hay ni habrá nunca una política buena. Será menos canallesca, pero nunca buena. Los teóri-

cos de la política, los que elaboran grandes y deslumbrantes sistemas, dan armas a los políticos prácticos para que engañen y esclavicen a las masas. Esa ha sido la historia del pensamiento político y los que lo alimentan son consejeros y alcahuetes de los políticos prácticos”.¹ Los intelectuales de izquierda nunca le perdonaron al viejo haber encarnado esa dolorosa conciencia.

Ser famoso es estar de moda. Para persistir en el éxito se debe contar con la virtud de adaptación; numerosos intelectuales, artistas y políticos son un buen ejemplo. De cualquier forma, se requiere poseer flexibles convicciones. Y, quien no está dispuesto a transgredirlas, como Salazar Mallén, se condena a la marginación de sus contemporáneos. El Viejo lo sabía y se ufana de ello: “Yo podría decir que soy una víctima de la incompreensión; pero nada hay de eso. Lo que pasa es que he sido muy indiscreto, he gritado muchas verdades, y en un mundo de valores entendidos y de complicidades secretas eso no se tolera: decir la verdad y hablar claro es un crimen. ¡Bien ganada tengo mi marginación!”.²

Rubén Salazar Mallén gustaba de llamarse anarquista: no por creer realizables los principios de esa doctrina, sino para aislarse lo más posible de la política organizada. A distancia, sin embargo, no sin razón se ha dicho que es el único nihilista mexicano: estaba contra cualquier ejercicio de poder, incluso, contra aquél que pretende abrogarlo.

Con la muerte de Salazar Mallén desaparece nuestro lazo de unión con los tiempos en que la universidad, más que una institución, era un grupo de gentes congregadas en torno a una misma pasión. Desaparece nuestra referencia con

¹ “Rubén Salazar Mallén, anarquista apolítico”, entrevista con Marco Antonio Campos, publicada en *El Semanario Cultural de Novedades* el domingo 9 de septiembre de 1984.

² *Ibid.*

los tiempos en que la actividad política y la inquietud literaria constituían una aventura que podía concluir en la cárcel. Recordemos, a guisa de ejemplo, su consignación, al lado de Jorge Cuesta, por faltas cometidas a la moral pública al utilizar palabras altisonantes en su novela *Cariátide*. Pero también y sobre todo, se ha perdido la dramática presencia de la convicción asumida.

Sergio Anzaldo

LA LITERATURA DEL RECHAZO

Rubén Salazar Mallén, el muchacho que hacía grandes esfuerzos por aparentar ferocidad, ha empezado a ser recuperado por la historia como uno de nuestros más importantes “raros”. Esto no es consecuencia de su proyectada ferocidad —era uno de los hombres más bondadosos que hemos conocido— sino de su condición de proscrito, de marginado de los cenáculos, de permanente heterodoxo de nuestras letras, de forjador, en sus casi ochenta y seis años, de una de las pocas leyendas de escritor maldito.

Imagen y fama que no carecen de fundamento. Su vida es sinónimo de combate. De un combate entablado como caballero medieval contra quienes transmiten la miseria humana, contra esa multitud de cosas que engendran la violencia y la injusticia, contra el propio destino del hombre y su sociedad.

Hombre obstinado en la diversidad, hizo de la negación su máximo ejercicio imaginativo: luchador comunista que reniega irónica y creativamente de ese paraíso, militante fascista que abandona a Mussolini para abrazar el anarquismo, nihilista por vocación que se siente condenado desde